

A propósito de los cien años de *La Metamorfosis*, de Franz Kafka

Franz Kafka y *La metamorfosis* (1915-2015)

Óscar Jairo González Hernández. Profesor Facultad de Comunicación, Comunicación y Lenguajes Audiovisuales. Universidad de Medellín

Preguntas a escritores, artistas, poetas y profesores sobre *La metamorfosis*, de Franz Kafka

1. ¿Cuándo, cómo y por qué leyó inicialmente *La metamorfosis* de Kafka y que le causó en ese momento su lectura y por qué?
2. Leería de nuevo usted *La metamorfosis* de Kafka: ¿Qué necesidad o interés tendría de hacerlo y desde donde la haría?



Alejandra Arcila Yepes

(Escritora)

1. Mi primer acercamiento al texto responde a un ejercicio sugerido por el profesor Horacio Pérez Henao, quien dictaba (en el primer semestre de la carrera de comunicación de la Universidad de Medellín) el curso de Introducción a la Literatura. Nos pidió leer, releer, escribir un texto a partir de la obra y responder un par de preguntas sobre los hechos referidos. ¡Buena metodología! La primera lectura me ayudó a identificar personajes y acciones. La segunda la hice entre líneas, mastiqué el texto con calma y hasta sentí gran tristeza por el personaje. En mi libro hay evidencias de que en cada lectura hubo una intención distinta, hay dos tipos de subrayado. Finalmente, la escritura me

permitió indagar sobre la vida del autor y establecer relaciones con la obra. Creo que es un buen libro para motivar la lectura en los estudiantes.

2. Me gustaría leerlo de nuevo para comparar el ejercicio de lectura de hace casi una década con el de hoy. ¿Señalaría lo mismo? ¿Las acciones tendrían para mí la misma relevancia? ¿Lograría una identificación con el texto? Por otro lado, creo que mis estudios en hermenéutica me permitirían destacar detalles que antes pasaron desapercibidos. Mis lecturas y mis experiencias podrían motivar una comprensión diferente del texto, aunque dudo que pueda concluir algo que no se haya dicho.



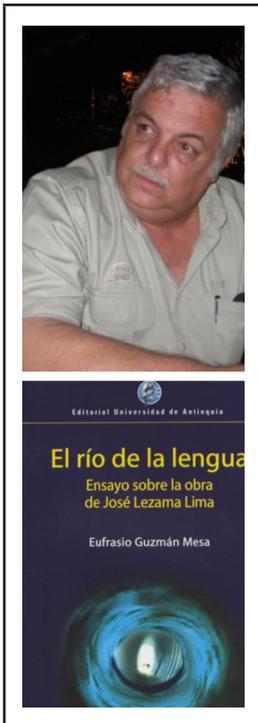
Félix Ángel

(Pintor y escritor)

1. Leí el libro estando todavía en Bachillerato. Yo leía autores que motivaban mi curiosidad. Mis padres fueron llamados desde el colegio para conversar con ellos porque alguien considera que mi tarjeta de biblioteca tenía libros que no eran aptos para adolescentes. Pero yo atravesaba por el malestar existencial de los tempranos años sesenta. Otros autores que yo leía eran Sartre, Herman Hesse, Albert Camus.

2. No solo lo he releído ya como adulto sino que de vez en cuando releo algunos fragmentos. Me parece que *La metamorfosis* refleja muy bien la lucha interna de Kafka por encontrar su verdadera identidad en una sociedad en la que había crecido pero a la que emocionalmente o culturalmente no pertenecía. Por eso nunca explica por qué en el personaje ocurre la transformación sino que

simplemente lidia con ella, y con los demás. Para los que hemos sentido que a veces no pertenecemos al medio donde crecimos, esa obra nos da cierto confort.



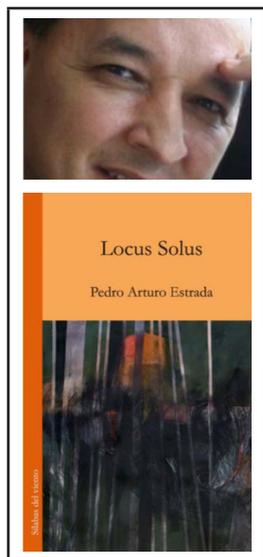
Eufrasio Guzmán

(Poeta y escritor)

1. Para mí la lectura de *La metamorfosis* no fue una tarea escolar; fue el inicio en el género de la literatura fantástica; alguien amanece convertido en un insecto, fue arrobador pues en la vida las mutaciones no son tema exquisito o artístico sino la realidad de la vida misma, como el deseo de pisar un suelo inédito o alcanzar una meta imposible. El poder de este texto es que como un cirujano Kafka se introduce en ese pliegue de nuestra imaginación para siempre y nos disloca una vida simple en algo así como la posibilidad de que el misterio o el terror ocurran aquí y ahora. Para mi generación los museos de ciencias naturales eran una fascinación pues podíamos casi palpar fetos de dos cabezas, aves descomunales o deformaciones nunca imaginadas. Cuando la fantasía se une tan de cerca a la realidad ocurre una epifanía y lo monstruoso ya hace parte de nuestra vida, lo divino se nos hace accesible y la extrañeza se hace parte de la piel. *La metamorfosis* hizo trivial el

encuentro con el surrealismo, por ejemplo, y nos mostró, por lo menos a mí, que lo extraordinario está en el andén que transito todos los días.

2. Ese texto es como el primer exceso, la primera transgresión que tiene un sentido sagrado que no merece repetirse pues se pierde la dimensión original de la desmesura.



Pedro Arturo Estrada

(Poeta y escritor)

1. Fui un lector precoz y voraz, por lo que cuando llegó a mis manos el relato de Kafka, hacia los catorce o quince años, había ya en mí alguna propensión hacia lo fantástico, hacia la “irrealidad” de la vida como sueño despierto que, de alguna manera, me preservó del impacto inicial que esta obra me produjo. No obstante, el choque, el *crash* interior en mi sensibilidad fue definitivo. La literatura como realidad interior se hizo desde aquel día, absoluta. Hubo una indudable transformación íntima del ser que era yo entonces, aunque menos visible y sí más silenciosa, retraída, hasta llegar a condensarse con la adultez en aquella conciencia de absurdidad y extrañeza permanentes que Camus y Cioran confirmarían, junto a otras obras

kafkianas, como *El proceso*.

2. Releo de tarde en tarde a Kafka; su *Metamorfosis* sigue suscitándome un interés especial, sigue ahí tan insólita y tan enigmática como siempre. Creo que precisamente por su brevedad e intensidad dramática, mantiene intacto su poder, su contundencia, su verdad. En este relato, como lo han sugerido tantos estudiosos, no solo el hombre racional redescubre dramáticamente su animalidad, su monstruosidad inherente, sino que además, aprende a reconocer y a convivir con su naturaleza bipolar, angélica y maldita a la vez. Son muy claros los términos en los que *La metamorfosis* está escrita pero igualmente misteriosas sus claves, sus símbolos para cada lector. Porque ya no es la sola irrupción de un elemento inesperado lo que quiebra en su momento la noción realista de una literatura, sino la asunción tranquila de la extrañeza, e incluso de lo inhumano en estado puro como componente verosímil de nuestra existencia lo que de allí se derivará, y lo que anticipa, lo que Kafka insta aquí. Para mí, sin embargo, más acá de las obviedades simbólicas que de esta obra se desprenden, sigue atrayéndome su lenguaje desnudo, el tono sereno y sin énfasis con el que alcanza a expresar la soledad, la vulnerabilidad y el dolor de lo humano sin más.

Hay que volver, sí, a Kafka, a su voz única, reconocible y más viva que nunca.

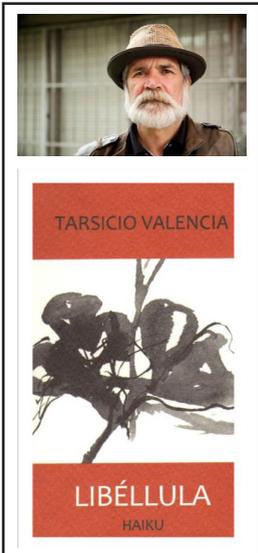


Ivvar Josué Carantón Sánchez

(Pintor y profesor)

1. Si mal no recuerdo, cursaba tercero de bachillerato y tenía un excelente profesor de español y literatura: Alberto Viña Calderón, quien nos inculcó el amor por los libros. Debía leerla para una exposición sobre la obra de Kafka, pues habíamos trabajado ya *La colonia penitenciaria*. La leí y me sentí terrible, pues la relación con mi padre no era la mejor y también leímos *Carta al padre*; entonces mis emociones se encontraron, pues me sentía como un bicho incomprendido, situación que se potenciaba por otras lecturas también. Épocas rebeldes y de contestación a la autoridad, representada por el padre. La primera impresión al leer el libro es de asco, especialmente cuando narra sobre las patas, la dificultad de moverse y cuando una fruta entra en su cuerpo. El encierro del personaje me llevó a leer el texto a la orilla de un río.

2. Hace días tuve la novela en mis manos y dije que sería una interesante lectura de vacaciones, pues me interesa releer las cartas a Milena y a Felice, entender con los años el amor hacia este personaje y especialmente a saber cómo su gran amigo le falló al no quemar sus obras. La necesidad de leerla es ver cómo escapó la primera víctima de la sociedad del gran hermano.



Tarsicio Valencia

(Poeta y escritor)

1. Leí *La metamorfosis* cuando estudiaba Filosofía y Letras. Fue una lectura desde la emoción, no buscaba respuestas al asombro. Me dejaba llevar por los acontecimientos, por la trama y las aventuras del personaje. Me embrujó cada acontecimiento. Hoy tengo las imágenes de Gregorio y su encierro, su abandono y soledad.

2. Vuelvo a ella con frecuencia y mi lectura es siempre nueva. Rumio los dispositivos del poder, la teoría de las puertas, lo onírico y surreal. Nunca haré una lectura de ella desde la teoría literaria. Sería monstruoso.



Hilderman Cardona Rodas

(Profesor)

1. Gilles Deleuze y Felix Guattari en su ensayo sobre Kafka (1975) dicen algo vital en relación con el escritor checo: la obra de Kafka es una madriguera, un rizoma, una expresión y un contenido de estéticas ezquizoanalíticas que pretende engañar al enemigo. He aquí un principio de entradas múltiples que implican al enemigo como un significante en el combate de sí mismo. Pero ¿quién es el enemigo? “Cuando, una mañana, Gregor Samsa se despertó de unos sueños agitados, se encontró en su cama transformado en un bicho monstruoso. Yacía sobre su espalda, dura como un caparazón, y al levantar un poco la cabeza vio su vientre abombado, pardo, segmentado por induraciones en forma de arco, sobre cuya prominencia el cubrecama, a punto ya de deslizarse del todo, apenas si podía sostenerse. Sus numerosas patas, de una deplorable delgadez en comparación con las dimensiones habituales de Gregor, temblaban indefensas ante sus ojos.” (Kafka, *Die Verwandlung*, 2012:19) Yacía su cuerpo en una experiencia de lo deforme en juego escénico, performativo, en el devenir otro y la materia sonora de relación trágica y cómica con la vida. Ese otro como enemigo íntimo, sensibilidad en alteridad, es lo que me instaló en *La metamorfosis* cuando Samsa proyectó en mi el delirio estético de la palabra y la sospecha escénica de los cuerpos que en frenesí se preguntan por la fabricación tecnocapitalista de los espacio del deseo.

2. La *Metamorfosis* es un libro rizomático donde el devenir es deseo en las experiencias *aistéticas* de lo múltiple. Así, expresaré en algunas líneas que me hacen pensar en la obra de Kafka en relación con la condición somática de la existencia.

El concepto moderno de cuerpo estimuló al hombre a apartarse de los demás seres humanos y de él mismo, según el movimiento de hábitos culturales que inauguran lo que David Le Breton (2008) ha llamado el factor de individuación en la separación entre cuerpo y alma. Este desplazamiento hizo del cuerpo un objeto de estudio y análisis, lo cual es apreciable en el tratado de Andrés Vesalio (1514-1564) donde las ilustraciones de cuerpos desollados que proyectan horror y angustia ofrecen “situaciones insólitas de un museo imaginario de la tortura, un catálogo onírico de lo insostenible.” (Le Breton, 2008:54) El cuerpo lacerado, mutilado, es testimonio simbólico del hombre que en otro momento representaba la inviolabilidad.

Según Didi-Huberman (2005) “la obsesión por la figura anatómica desollada continúa siendo colindante a toda visión del desnudo” (Didi-Huberman, 2005:53), donde aquello que se ve a través de la piel descubierta es una representación del horror y la violencia. En toda forma orgánica, retomando a Diderot, lo exterior procede directamente de lo interior:

Sin duda el estudio de la figura anatómica tiene sus ventajas; pero ¿no habrá que temer que el desollado se quede perpetuamente en la imaginación, que el artista se empeñe en la vanidad de mostrarse sabio, que su ojo corrupto no pueda detenerse en la superficie, que, a pesar de la piel y las grasas, no siempre vislumbre el músculo, su origen, su ligamento y su inserción; que lo articule todo con demasiada fuerza, que sea duro y seco, y que me encuentre el maldito desollado, incluso en sus figuras de mujer? Ya que sólo aparece ante mí el exterior, me gustaría que me acostumbraran a verlo bien y que me dispensaran de un conocimiento pérfido, que tengo que olvidar (Diderot, 1994:107).

La figura anatómica desollada que menciona Diderot manifiesta la crueldad de lo real y la persistencia en la imaginación de lo eternamente mutante que transita en el horror y la fascinación. En este sentido las venus anatómicas (siglos XVII al XIX) constituyen una corporeidad del síntoma (Didi-Huberman, 2009:248) en la supervivencia de la encarnación de la imagen. Didi-Huberman recurre a un texto medieval de Odón de Cluny para darle un espacio reflexivo al imaginario católico de la desnudez en tanto humillación, castigo, vergüenza y también inclinación a lo asqueroso. “La belleza del cuerpo se halla por entero en la piel. En efecto si los hombres viesan lo que hay bajo la piel, (...) la mera vista de las mujeres les resultaría nauseabunda: esa gracia femenina no es más que saburra, sangre, humor, hiel (...) ¡cómo podemos desear estrechar entre nuestros brazos a un simple saco de excrementos!” (Citado en Didi-Huberman, 2005:73) La desnudez custodia lo desagradable, lo monstruoso, lo deforme, lo informe. Las venus anatómicas muestran un cuerpo desnudo y sensual donde la piel descubierta deja ver el síntoma del horror ante la muerte y el deseo que es castigado al ser mostrado. Por ello la relación entre desnudez, sueño y crueldad en un tejido onírico que emerge de las profundidades de los deseos inconscientes.

Estas reproducciones lanzan el horror a la cara de quien se ve en ellas. Este es el caso de la Venus de los médicos de Clemente Susini, estructuras anatómicas desarmable de cera teñida que personifican a una mujer desnuda, seductora y acicalada con un collar de perlas y cabellos reales, dormida entre sábanas de seda. La piel declara, al ser levantada, el “saco de excrementos” que contiene hasta el más hermoso de los cuerpos. Si la belleza es aquella región de lo terrible que aún podemos soportar, parafraseando a Reiner María Rilke en *Elegías de Duino* (1922), las venus anatómicas atraen por la hondura y posibilidad de la destrucción, por la violencia latente que lleva consigo o la estrecha relación

entre sexualidad, violencia, belleza y crueldad en el gasto energético, *potlatch* en términos de Marcel Mauss (2009), en la circulación de una lógica de la sensación que da, recibe y regresa una estética del estremecimiento. Aquí se expresa la crueldad de nuestra parte maldita (Bataille, 2009) en el desfogue erótico de lo que aún podemos soportar como atrocidad e intercambio sacrificial de la violencia que se ejerce sobre los cuerpos (Girard, 1995; Cardona, 2011). No hay belleza sin violencia, sin crueldad, en la deslumbrante catástrofe que la reproduce como sensación; he aquí una reciprocidad entre crueldad y dolor de lo real en tanto interioridad profunda integrada en un espectáculo de lo maravilloso, repulsivo y sanguinolento.

Por ello Kafka-Samsa para comprender cómo las ficciones de la imaginación occidental configuran fantasmagorías subjetivas ancladas en una dialéctica de producción del Otro en un colonialismo del poder, basado en una reproducción de lo Mismo. Aquí se procede desde una visión del Otro, pueblos de tradición no europea, como una de las funciones de representación de lo Mismo. “A fuerza de ver siempre lo Mismo en el Otro –de decir que bajo la máscara del otro es nosotros lo que nosotros mismos contemplamos–, terminamos por contentarnos con acortar el trayecto que conduce directamente al final y no interesarnos más que en lo que nos interesa, a saber, nosotros mismos” (Viveiros de Castro, 2010:15). Solo interesa lo Otro en la medida que se proyecta en lo Mismo.

Referencias bibliográficas

- Bataille, Georges (2009) *La parte maldita y apuntes inéditos*. Buenos Aires: Las Cuarenta.
- Cardona Rodas, hilderman (2011) El espacio pagano o la suma de las prácticas locales. *Con-Textos*, Vol. 23, N.º 46, pp. 45-53.
- Deleuze, Giles y Félix, Guattari (1975) *Kafka, por una literatura menor*. México: Ediciones Era.
- Didi-Huberman, Geroges (2005) *La venus rajada. Desnudez, sueño, crueldad*. Madrid: Losada.
- Diderot, Denis (1994 [1795]) *Escritos sobre arte*. Madrid: Siruela.
- Girard, René (1995) *La violencia y lo sagrado*. Barcelona: Anagrama.
- Kafka, Franz (2012 [1915]) *La Transformación (La Metamorfosis)*. Cota, Cundinamarca: Mondadori.
- Le Breton, David (2008) *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Mauss, Marcel (2009 [1924]) *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Viveros de Castro, Eduardo (2010) *Metafísicas caníbales. Líneas de antropología posestructural*. Buenos Aires: Katz Editores.



Hernán Ortiz

(Escritor)

1. Yo estaba en el Preicfes del Instituto San Carlos cuando escuché a un profesor hablar sobre *La metamorfosis*. Era mi primera experiencia en un salón de clases con mujeres. El profesor mencionó el argumento de la novela —un tipo que se despierta convertido en monstruoso insecto— y supe de inmediato que la tenía que leer.

Yo estudiaba cerca, en un colegio técnico atestado de imágenes de Don Bosco. Todos los días nos hacían rezar y cantar canciones católicas desde los televisores instalados en el salón. Aparte de las mujeres de mi familia, las únicas que hacían parte de mi vida eran las que veía a través de las ventanas de las busetas.

En el Preicfes había adolescentes de colegios mixtos que iniciaban conversaciones con las mujeres del salón. Yo había conseguido dos amigas de estudio que no se hacían conmigo en los descansos. Se despedían cordialmente de mí para hacerse con los de los adolescentes de colegios mixtos. Ellos contaban historias de sexo, bares y borracheras que ellas escuchaban sonriendo, sonrojadas, mientras yo me sentaba en el piso a leer *La metamorfosis*. En medio de la lectura, encontraba relaciones entre el libro y mi vida.

El colegio me había cortado un pedazo de la realidad. Me había llenado la cabeza de datos, no de experiencias. Al aislarme de las mujeres, me había hecho sentir incompleto, un ser que no era humano, una aberración. Cada interacción con mis amigas de estudio era lenta y agotadora debido a los escenarios que simulaba en mi cabeza para evitar decir estupideces. Me sentía torpe y amenazado, un estorbo, un monstruoso insecto.

Durante ese Preicfes el amigo que más recuerdo es Gregorio Samsa. Ambos hacíamos un esfuerzo para integrarnos a la realidad. Ambos sospechábamos que no les generábamos valor a los demás. Ambos entendíamos que no éramos nosotros, sino el mismo destino, el que nos había convertido en seres diferentes. Y ambos le agradecíamos a Franz Kafka: él por haberlo creado, yo por haberlo leído.

Durante esa época entendí lo que alguna vez dijo Borges: le debo tanto a Kafka que en realidad no necesito existir.

2. La leería de nuevo desde un tema que he estado explorando últimamente en mi ficción: el hecho de que constantemente tengas que generarle valor a los demás. La familia de Gregorio Samsa lo ve como un monstruoso insecto, pero, ¿es por su forma física, o por el hecho de que ya no pueda proveerles económicamente?

Es un tema que me interesa mucho, especialmente considerando las dinámicas familiares en nuestra cultura. El momento de la vida en el que la ilusión de ser especial –solo por el hecho de haber nacido– se derrumba y de repente la familia exige cosas de ti: que laves los platos, que tiendas la cama, que pagues la Seguridad Social. Sigues creciendo, trabajas y te piden que colabores con el pago de los servicios. Te vas de la casa y debes visitarlos, llamarlos, aportarles económicamente. Cuando eres niño generas valor solo por el hecho de estar vivo. Cuando eres adolescente y adulto debes generar otro tipo de valor. Y si no lo haces, aceptar que te vean como un monstruoso insecto.

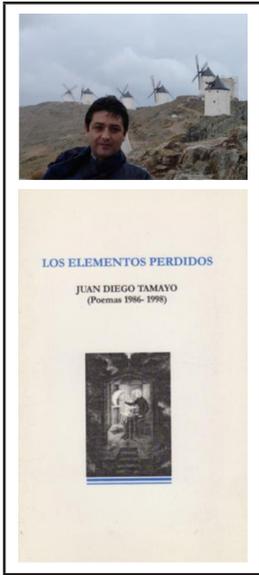


José Raúl Jaramillo

(Escritor)

1. En plena Primera Guerra Mundial –1915– Franz Kafka publica una de sus obras más conocidas, *La metamorfosis*, que ha merecido un sinnúmero de interpretaciones desde ángulos como el psicológico, el político y el sociológico, el filosófico y el filológico. ¿Qué no se ha dicho y escrito sobre este título del ilustre escritor checo? Difícil es para mí, hoy, hacer un análisis de tan cimera obra, abordada en los años de mis lecturas de adolescente, vuelta a leer en los años de universitario y releída en los albores de la vejez. Y siempre vista desde un punto distinto y siempre analizada como un desesperado grito frente a una existencia vacía de sentido, desesperanza y recluida en un ámbito familiar, social, profesional e ideológico sin perspectivas, a guisa de conclusión.

2. En una Europa del Este cercada en ese momento por las armas más novedosas –aviación, gas mostaza, trincheras y alambradas en medio de frío y del pantano, de la putrefacción y la infinita soledad–, la sensibilidad de un hombre como Kafka resalta, a través de Gregorio Samsa, su hastío y exclusión del entorno en el cual le correspondió –¿para su gracia o su desgracia?–, vivir y morir. Todas las épocas del Hombre –con mayúscula– han sido difíciles, y solo los espíritus iluminados por un corazón en constante atención, alertas, como el autor checo que motiva estas líneas, toman la pluma, se aplican sobre las cuartillas y, a los que dormitan o se entretienen mirando para otro lado con deseos de no ver, hacen notar con estremecidos textos que el camino humano es arduo y que el reino de este mundo es el único que tenemos a la mano; que solo ahí, contra el viento y las mareas que se nos oponen, logramos nuestra máxima realización y, también, la convicción de nuestra aceptada derrota.



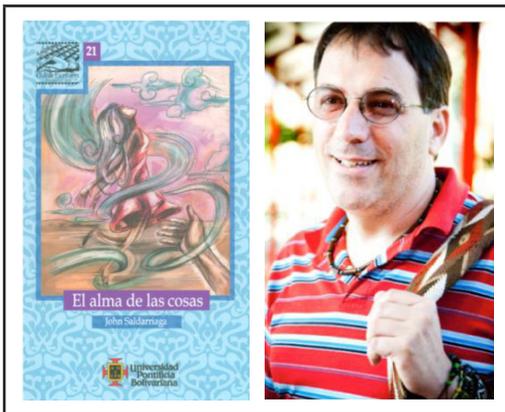
Juan Diego Tamayo

(Poeta y escritor)

1. Leí *La metamorfosis* en el Liceo Antioqueño de la Universidad de Antioquia. La sensación que me produjo fue de perplejidad; durante toda la lectura fui construyendo un mundo particularmente misterioso para aquel insecto que me llevaba de un lado a otro en sus acciones y en sus pensamientos. Pensaba en el mundo del insecto, que nunca supe cuál era, y en lo que significaba seguir viviendo en el mundo familiar.

2. Hay libros a los que siempre se vuelve. Autores que dejan una marca especial en el lector: Borges, Cortázar, Pound, Kafka. En este sentido, *La metamorfosis* es uno de esos libros a los que se vuelve con gusto y con delicadeza. El tiempo pasa y el lector va teniendo más elementos

sensibles y críticos para ver la obra de otra manera. Esta siempre, como máquina de sentido, contiene elementos que son imperceptibles en una primera lectura, en un primer momento. *La metamorfosis* ha sido ampliamente estudiada y con unas interpretaciones sólidas y renovadoras. En mi caso, me inclinaría no por hacer una lectura desde los motivos propios de la literatura fantástica. Exploraría esta línea ya que me parece muy cercana a ciertas ideas trabajadas desde la temática de la transformación, de la metamorfosis misma; el cuerpo metamorfoseado insecto y las implicaciones que este tiene en su existencia: ver el mundo desde la perspectiva del insecto. Sobre esta perspectiva volveré a *La Metamorfosis*. Será mi entrada de nuevo a esta obra maestra que me trae tan buenos recuerdos.



John Saldarriaga

(Escritor)

1. *La metamorfosis* fue la primera obra de Franz Kafka que leí. Tenía unos once años y el título de esa obra venía en una lista de libros “que no podía dejar de leer”, elaborada por un sujeto, ahijado de mi madre, que había llegado de España a pasar unos días con su familia. Como él era escritor, mi madre, concedora de mi pasión

literaria, consideró que de algún provecho podría serme una conversación con él, y fui a buscarlo. Hallé su casa, no sin dificultad, en una de las lomas de El Poblado, en un viaje a pie desde la Avenida Principal, para preguntar aquí y allá dónde quedaba la casa de Juan José Ochoa. Hallé a ese hombre en una reunión familiar, con asado en el jardín. Me atendió y, la verdad, gran provecho tuvo el encuentro con este hombre que hablaba con un marcadísimo acento español. Me habló de literatura, de consejos para el trabajo de escritor y, para terminar, elaboró para mí, con marcador verde, una lista de libros que no podía dejar de leer. “Lea todo lo que se le ocurra, deje de leer lo que quiera, pero estos libros, búsquelos y léalos cuanto antes”. *Retrato del artista adolescente*, de Joyce; *Viaje a pie*, de Fernando González; *Aura o las violetas*, de Vargas Vila; *Ulises*, y *El ruido y la furia*, de Faulkner... una docena más y, al final, *La metamorfosis*, de Franz Kafka.

Y creo que fueron oportunos. Si uno lee el primero de esos títulos en otra época que no sea la adolescencia, no pasa nada. Lo disfruta. Sin embargo, leído en aquel momento, cuando uno es casi un cubo vacío, el efecto es grandioso. Lo mismo con Kafka. El momento fue oportuno. Recuerdo que me dejé esclavizar durante una semana por mi madre y mi hermano —quien apenas mayor que yo cinco años, ya ganaba dinero reparando radios y equipos de sonido— haciendo por ellos mil labores, con tal de obtener el dinero para comprar *La metamorfosis*.

Desde que lo abrí y comencé a leerlo, empecé a sentir una conexión con Gregorio Samsa. Y sentía que yo pertenecía a una familia igual a la suya. Especialmente, que mi padre era igual de aplastante que el suyo (asunto que se reforzaría días después con la lectura de *Carta al padre*), a quien yo creo que temía. Y mi madre, una mujer que lo sabía todo, que me enseñó lo fundamental de la vida, a leer y escribir —lo demás es añadidura—. Pero siempre creí —y supongo que sigo creyendo—, que aunque sea quien fomentó en mí los afanes literarios, no me comprendía. Recurrí varias veces a su lectura durante un tiempo, pues encontraba en ella la misma presión que ejercían los de mi casa, los que sabían más de las cosas, pues también creían saber lo que era bueno para mí. Al terminar la adolescencia, la presión se hizo mayor. Mi madre entendía que mi vocación literaria tenía que ser apenas pasatiempo, un pasatiempo ingenioso, bien visto, pero no una dedicación principal.

Incomprendido también me sentía por una sociedad en la que nunca he sido el más activo. A veces creo que le tengo miedo al mundo. Creo a veces que me aplastará, de un vozarrón como el de mi padre, pero elevado a una gran potencia; o que me reprochará las decisiones como mi madre. La familia y la sociedad son la misma cosa. Igual de aplastantes. Igual de implacables. Me refiero a familias totalitarias, en las que hasta el afecto resulta doloroso, pesado como un fardo. Niegan al individuo, lo atacan para que no sea capaz levantar su cabeza, ni

use su tórax para avanzar, solo su abdomen para sub-existir. Y solo cuando el individuo surge a pesar de los escobazos con que quieren acabarlo como a una cucaracha, entonces ahí sí le permiten tomar una butaca y sentarse y usar las antenas que, por fortuna, no se han quebrado.

2. Lo leería una y otra vez más. Le creo a Borges cuando decía que uno se enorgullecía por los libros que ha escrito, pero tal vez más por los que ha leído, o palabras parecidas. Entre los libros de los que me alegro de tener en mi cesta de labores cumplidas, es *La metamorfosis*, de Kafka. Y es que el escritor checo alemán judío consigue, tal vez por judío, por alemán, por checo o solamente por su talento sin nacionalidad, hacer una novela armada como el mecanismo de un reloj. Nada sobra. Nada falta. Breve. Con lenguaje sencillo. Que puede leerse de manera literal, sin buscarle otros niveles de significación distintos a lo que se entiende en la superficie de la lectura, porque así también hay que leer los libros. No solamente buscando símbolos, como si pesara sobre los lectores una obligación hermenéutica. Gregorio Samsa, en efecto, se convirtió en una cucaracha. Y también consiguió darles néctar a los lectores a quienes les atrae la miel del simbolismo. Y no olvidemos que Kafka parece colombiano. Es colombiano. La realidad de la que habla es la de aquí y ahora.



Diego Gómez

(Pintor)

1. Siempre he creído en una relación metafísica con los libros. Llegan a veces en diferentes momentos de la existencia personal, muchos de ellos a destiempo, incongruencia ontológica entre el autor y el lector, el primero no es escuchado, su acto creativo cae en interior vacío que no entra en resonancia con ese tañer de palabras dirigidas a ese yo que todavía no acontece en el espacio/tiempo.

A veces, ese mismo tañer vuelve a sonar en esa mente de aquel sujeto que ha mutado y que ahora sí puede entablar una relación simbiótica entre Ser que lee y escucha, y obra que habla; retroalimentación que se convierte en un diálogo activo con ese que fluyó a través del trazo, dejando su huella en esos conceptos que generan imágenes en ese otro que es el receptor, que con sus ojos recorre el campo bidimensional del acto creativo hecho con palabras

escritas... dibujo abstracto que cobra sentido al pronunciarse mentalmente los convencionalismos fonéticos que dotan de sentido ese discurso, versión de mundo muy personal del autor, pero que logra encontrar lo humano que lo equipara con ese otro que lee, que escucha en la distancia espacio/temporal.

En bachillerato no entendía el discurso profundo que sobre la naturaleza humana hacía Gregor; cómo su mutación era la misma de todos nosotros en estas sociedades contemporáneas; cómo el ser puede llegar a ser humillado al extremo de lograr su desaparición total, ahogado en esa angustia que da el saberse sin sentido existencial, o peor aún, cómo el otro puede llegar a vaciarme de dicho sentido, y por ello mismo me desecha y abyecta, convirtiéndome en una ali-maña que puede, y hasta debe ser aniquilada. Monstruosidad moral, política, económica, religiosa, social, estética con la que me dota ese otro, sin el cual no existo; Paradoja humana, aquel que me puede dotar de sentido, también me lo puede quitar.

2. Solo hace un año me volví a encontrar con Gregorio; pude escuchar su súplica, pude entender su drama, pude escuchar y observar la metáfora en que se convirtió su existencia, pude descubrir la poesía que se escondía detrás de cada uno de los conceptos enunciados por ese bicho tan humano, canto ontológico plagado de imágenes devastadoras, arrasadoras, arrebatadoras.